

6A

AL OTRO LADO

Incertidumbre, esa es la emoción que me domina esta mañana en el Hospital de Fuenlabrada. Incertidumbre e inquietud, como las que sienten todos, imagino. Hoy yo estoy en el otro bando, hoy yo soy paciente, como ellos, como los que esperan al otro lado de la puerta. Hoy soy yo la que aguarda a tener buenas noticias, la que confía en que todo saldrá bien. Aguanto los nervios y el miedo, porque hoy soy simplemente un número de historia. Me fijo en los que me rodean. Todos observamos nuestro número, esa contraseña que nos permite el acceso a la consulta. Nos lo sabemos de memoria, pero lo miramos continuamente fruto de la desconfianza de nuestra propia cabeza en estos momentos de preocupación. Recibo y lanzo, sin querer, miradas curiosas preguntándome qué les hará compartir conmigo esta sala de espera. Son pequeños casos clínicos que me invento y autorresuelvo mientras espero que los minutos pasen más deprisa y por fin me enfrente a mi destino. Qué duro es estar al otro lado, qué importante es saberlo y vivirlo, porque eso nos humaniza, nos hace mejorar y evolucionar hacia mejores médicos y mejores personas. Divago, tomo nota de lo que voy a hacer en mi propio hábitat y de lo que no quiero que se repita. Por ahora sólo cosas buenas, celadores amables que elevan la voz cuando la edad de los pacientes les impide enterarse de lo que ocurre, auxiliares que tranquilizan a los acompañantes, esos seres que sin padecer, sufren. Me llaman, tengo que hacerme una prueba inicial. La enfermera me sonrío, no sabe que yo también soy de ese lado, prefiero callarlo. Recibo un trato amable que devuelvo con la misma moneda y salgo. Vuelvo a esperar una nueva llamada. Veo médicos pasando, casi médicos siguiendo y médicos empezando que completan el séquito. Algunos salen de sus dominios, buscando a un paciente perdido, saben que está, pero no entra en consulta. ¿Tendrá miedo? No, a este lado tenemos miedo, pero también curiosidad y eso nos puede. Será un despistado, un abducido por la pantalla o un esclavo de sus propios pensamientos que le mantienen desconectado. Le encuentran, tras una breve disculpa, el médico le invita a sus aposentos. No es la primera vez ni será la última que tenga que salir a reclamar a alguien. Le entiendo, porque yo también estoy al otro lado. Otro sonido, miro mi clave, me llaman. Ha llegado la

hora. Me levanto sintiendo las miradas de los que me rodean, algunos pensarán que soy afortunada por acabar cuanto antes con las dudas, otros simplemente se distraerán con el movimiento de mi persona. Entro en consulta. Me preguntan mi nombre y lo confirmo. Él médico, compañero en otro contexto, me invita a sentarme. Sigo con mis anotaciones mentales sobre lo que hace sentir bien a los del otro lado para no olvidarme de ellas. Me pregunta. Esta vez, yo me sé todas las respuestas, él casi todas y completa mi historia de una forma profesional que me gusta. Sigue su pequeño interrogatorio. Asiente mientras contesto y escribe y escribe. Paso a la camilla donde percibo la comodidad física de la misma, mientras lucho contra mi propia incomodidad mental. Es una exploración rápida pero necesaria, él precisa comprobar por sí mismo cómo está funcionando mi organismo. Sus ojos me miran, pero sé por experiencia, que su mente trabaja y sus neuronas se conectan tratando de dar explicación a lo que me pasa. Recibo una tímida sonrisa y sé que hemos terminado. Me explica el proceso, utilizando palabras conocidas, quiere que entienda lo que me está pasando y que no me queden dudas. Me hace sentir bien y me alegro de haber elegido este hospital para estudiarme, es un trato cercano y amable que me relaja. Sé que no hemos acabado con esta historia, pero han disminuido mis interrogantes y me ha propuesto el plan a seguir, cosa que me tranquiliza. Se asegura de que he entendido los pasos que, aunque ya los intuía, prefiero que me los describa como a cualquiera de los que se encuentran al otro lado, hoy soy una de ellos y aunque él es uno de los míos, aún lo desconoce. Ha conseguido que reafirme mis propios pensamientos sobre lo maravilloso de esta profesión, sobre lo importante que es tratar bien a los pacientes, lo necesario que es explicarles cómo funcionan nuestros cuerpos y por qué a veces nos traicionan, informarles de los siguientes pasos y hacerles saber que va a estar pendiente de los resultados mientras dure esta batalla. Me acompaña a la puerta, hemos terminado por hoy. Le doy las gracias y le deseo un buen día, vuelve a sonreír devolviéndome los buenos deseos para mí también. Sí, definitivamente voy a tener un buen día porque, aunque la lucha sigue su curso, ya no me siento sola.